

rres del Correo central, y en el centro, el obelisco que preside la Plaza de la Lealtad, monumento levantado el siglo pasado para conmemorar las muertes que ocasionó la invasión de Napoleón en 1808, entre ellas los oficiales Velarde y Daoiz, que murieron defendiendo un cuartel de artillería. Por la tarde, desde el balcón de la habitación de Dimov se veía enfrente la caída del sol con los maravillosos colores del crepúsculo "naranja y verde esmeralda" (p.242 de la edición mencionada).

La Plaza de la Lealtad forma parte del Paseo del Prado, famoso porque allí se alza el museo de este nombre, y a donde va Luis Romero, personaje de la novela, a ver los cuadros de Velazquez y el Greco (p.271), acaso dos pintores que habían admirado a Dimov.

Desde el siglo XVIII el Paseo del Prado era un boulevard con grandes árboles a donde iban a pasear los madrileños. En él, junto al museo, está la plaza de Cánovas y allí los hoteles Ritz y Palace, los más lujosos del Madrid de entonces, en el segundo de los cuales se desarrolla la Primera parte de la novela. Dimov conocía este hotel porque en él vivía un empleado de la legación búlgara y con él debió visitar su magnífico hall y su famoso bar, un lugar de moda como se menciona en la pag.263.

Luis Romero, después de la dura escena en la habitación de Fanny Horn, va al café Molinero, en la Gran Vía, hoy ya desaparecido; fue un lugar muy frecuentado, donde solían ir señoras de la burguesía por las tardes. No lejos de este café estaba La Granja el Henar. En aquellos años de vida más tranquila que hoy, se frecuentaban mucho los cafés y Dimov cita los de aquel barrio, Acuarium, Marfil (p.242) y Negresco (p.246) que ya no existen. También me he citado con Dimov para charlar un rato en el Café Inglés, de la glorieta de San Bernardo, y en Fuyma, en la Plaza del Callao. Del café Monterrey (hoy desaparecido) cuyo nombre aparece en uno de los dibujos hechos por él y que ilustran este artículo, debía de tener grato recuerdo.

Estos dibujos que he conservado hasta ahora y que donaré a la Casa-Museo del escritor, están trazados en el reverso de tarjetas de visita suyas y nos hablan de ese sentido humorístico que él mostró muchas veces ante los tópicos de la vida española. Se veía ya entre los cuernos de un toro o vestido como un sacerdote español, cuyo proceder no preveía que fuese muy ortodoxo cuando esperaba que le echasen del convento de una patada...

Por dos veces en la novela se cita el Paseo de Recoletos, que es la continuación del Prado hacia el Norte de Madrid, boulevard por donde, en aquellos años, los jóvenes iban a pasear al atardecer, algo como se hace en Zar Obvoditel. Allí, efectivamente, se podían ver muchachas bellísimas -"las más bellas mujeres del mundo" son sus entusiasmadas palabras (p. 234). Pocos viajeros han hecho tan claramente y con tanta profundidad la valoración de este tipo de mujer española y una visión tan real de estas jóvenes que conservaban un aspecto casto e ingenuo a pesar de un maquillaje escandaloso que era la moda y que más parecía de cortesanas. Pero las normas morales muy severas para estas hijas de familia, que no abandonaban la casa de sus padres sino para casarse, les evitaba toda experiencia sexual y las normales incidencias de la vida adulta, pues la mayoría no trabajaba. Las caras reflejaban esta existencia de prolongada adolescencia: "Imashe neshto mirno i tselomedreno v spokoistviето na pogledite im..." (p.261). A la vez, Dimov deja dicho que al no facilitarles las familias